



LA AMONEDADA TARTA DE LA LENGUA

Por Mauro Armiño

Hay, en la Académie Française de la lengua, un sillón fantasmal, numerado con el 32, con cierta fama de maldito: su lista de ocupantes cuenta con un sobrino de Richelieu, cardenal fundador del invento de las Academias (el duque de Richelieu, que apenas sa-

bía ortografía); un plagiaro, un proscrito (Lucien Bonaparte, hermano de Napoleón) y un suicida; Robert Aron murió la semana antes del apogeo de su fama, y Robbe-Grillet, el padre del *nouveau roman*, aduciendo que el chillón traje verde, espadín y bicornio no le sentaba bien ni siquiera lo ocupó. Para colmo, el autor de *El fantasma en la ópera*, Gaston Leroux, ya había escrito una novela, *Le Fauteuil*

hanté (1909), donde todos los académicos electos mueren al pronunciar el obligado elogio de su predecesor. Este juego de muertos y de vivos sirvieron el año pasado a Natalie Rheims, hija de Maurice Rheims, que ocupó ese fatídico *fauteuil*, para escribir una novela, *El fantasma del sillón 32*, que apareció coincidiendo con la elección del heredero del sillón de su padre, tras ocho años vacío; considerando ese retraso un desprecio hacia el progenitor, esta actriz, productora de cine y narradora, decidió ajustar cuentas con el mundillo del verde espadín; emparentada con los Rothschild, Natalie Rheims se crió en las tertulias paternas, oyendo los cotilleos y las verdades ocultas de los ilustres, a los que no duda en comparar con los clientes “de una casa de citas”; bajo pseudónimos fáciles de desentrañar (Mar Fumarola, Pierre Rosenberg) aparecen los figurones con sus ridículas ceremonias: “octogenarios en uniforme, deformes, lisiados, de jetas odiosas y siniestras, se les vería mucho mejor de *clochards*, en el muelle de enfrente, junto a una botella de vino tinto”, decía quien fue uno de ellos, Emil Cioran.

Sin novelistas para la Española. No hay entre nosotros novelistas de esa especie, aunque la Real Academia Española ofrece buena materia sobre la vida interior de la “docta”; en punto, sobre todo, a elección de académicos; baste recordar la ira de Cela contra el poeta y novelista José Caballero Bonald denunciándole como “rojo y libertino”; si lo de “rojo” era fácil de adivinar en quien fue censor franquista, lo de “libertino” en boca de un putero confeso queda algo más raro; pero por medio estaba, como aireó la esposa de Cela, el lío sexual que ésta, Rosario Conde, tuvo con el joven Caballero Bonald cuando éste era secretario de *Papeles de Son Armadans*, la revista dirigida por Cela; *si non è vero...* pero se dijo que tamaño sacrificio le parecía al joven secretario incluido en el sueldo.

Interioridades divertidas y ridículas, soeces y esperpénticas, son conocidas de muchos, y los lectores de EL SIGLO han sabido de alguna en artículos míos: por ejemplo, el pormenor de la asunción a la gloria de Luis María Ansóñ y Juan Luis Cebrián, tras despeñamiento barranca abajo de Eduardo Haro Tecglen; pero, por lo general, quedan debajo de la alfombra, son la calderilla de una institución



No son comparables los motivos de la Académie Française y la Española, ni las ceremonias de ésta, tan ridículas.

EFE

El dardo en la Academia

Esencia y vigencia de las academias de la lengua española

Volumen II

Silvia Senz

Montserrat Alberte (eds.)

Prólogo de Màrius Serra



melusina

El libro aborda los puntos más discutidos y discutibles del quehacer de la Academia.

decenios que superan el siglo no han hecho más que tomar café o pastas, o editar frenéticamente como en los últimos años repeticiones levemente corregidas de sus discutibles diccionarios ortográficos, gramaticales, etc. Cuestionan los autores, sobre todo, la centralización de las normas idiomáticas en un afán de estandarización a ultranza, hasta el punto de convertirse la Academia en abanderado de un nacionalismo, el español; no ahorran subrayados de los malos modos y la zafiedad con que algunos académicos responden a cualquier crítica que se haga a su gestión, llevándose la palma Lázaro Carreter, García de la Concha o Gregorio Salvador, voces cantantes, como gerifaltes que han sido de la Academia, de su papel y del español normativo. La total sumisión de las distintas formas del español que la Academia exige para su vía normativa lleva a disparates filológicos como el escaso lamento, por no decir ninguno, que la desaparición de numerosas lenguas provoca, por ejemplo, en el citado Salvador, nada dispuesto a salvar nada que se aparte del declarado “buen uso” académico.

Pasan por la lente de aumento de los colaboradores la metodología de la normalización peninsular y panhispánica que la Academia pretende, los fundamentos ideológicos, metodológicos, teóricos e incluso teológicos en que se basa su trabajo, con ejemplos que llevan a directamente a las páginas del Diccionario firmado por la RAE; sus conexiones con el poder político desde su funda-

que tiene otros motivos de ser, de estar y de cobrar del erario público.

No son comparables los motivos de la Académie Française y la Española, ni las ceremonias de ésta tan ridículas; ni la elección de sus miembros obedece a los mismos objetivos: aquélla está formada por literatos, mientras la Española es un conglomerado clientelar de distinta procedencia, desde la Iglesia y el Ejército hasta el mundo de la ciencia, las finanzas, el chiste, el teatro o el cine, sin que se advine muy bien qué pintan en una institución en principio filológica especies tan diversas.

Al análisis de motivos más esenciales se ha dedicado un grupo de lingüistas que, bajo la dirección de Silvia Senz y Montserrat Alberte, han editado *El dardo en la Academia. Esencia y vigencia de las academias de la lengua española* (Editorial Melusina), en dos volúmenes de casi mil cuatrocientas páginas. La ironía empieza ya en el título, recordando aquel *El dardo en la palabra* con que uno de los directores de la Academia, Lázaro Carreter, nos instrúa en artículos periodísticos, a nosotros, el vulgo, con *curiosidades* lingüísticas, peregrinas anécdotas sobre palabras, etc.; curiosidades no siempre bien traídas, pero que tuvieron éxito comercial cuando se reunieron en libro. El dardo se vuelve ahora hacia la Academia no en forma de anécdotas sino de extensos artículos que abordan los puntos más discutidos y discutibles del quehacer de una Academia que, bajo su cacareada misión lingüística y diccionaresca, atiende a otros muchos intereses, tanto políticos como comerciales.

La lectura de este *Dardo en la Academia* demuestra que la lengua —es decir, el español, o, mejor, el castellano— es un panal de rica miel, del que mil moscones chupan con distintos nombres y justificaciones diversas: encabeza el desfile la Real Academia Española amparada en su antiguo lema de fijar, dorar, limpiar para que salga esplendoroso... ¿qué? ¿El idioma?

Bajo el signo del dinero y del beneficio. Son varios los artículos del libro que rehacen críticamente la historia de la institución desde sus inicios, cuando fue traída de la mano por el primer Borbón españolizado, Felipe V, allá por 1713 (¡pánico da pensar en las ceremonias, pompas y banalidades que el próximo año nos aguardan). Desde entonces, o durante

ción hasta la redefinición de términos como “socialismo” cuando el PSOE llega a la Moncloa; y con los poderes políticos y económicos en estas últimas décadas, cuando se trata de convertir la lengua en industria comercializable, con valor de mercancía; fuente de negocios que viene impulsando a los gobiernos del Estado y a entidades financieras a formar piña y apoyar ese instrumento como punta de lanza de la “marca España”: la lengua de madera de políticos como Aznar, Rodríguez Zapatero, Moratinos, etc., ha sido curiosamente la misma empleada por los nuevos capostotes de Cultura nada más ser nombrados: José Ignacio Wert (acuñador de la inmarcesible frase: la “condición vibrante de la cultura española”) y José María Lasalle. Para todos ellos, el valor de la lengua es el que puedan aportar a los intereses empresariales: véase sobre todo el trabajo titulado “Una, grande y (esencialmente) uniforme”, firmado por Silvia Senz, en el que también aparecen (t. II, págs. 218 en adelante) los pocos datos que ha logrado recoger tras denodadas búsquedas sobre la fuente de ingresos de origen público de la Academia; están ocultos bajo el más tupido de los velos, como sabe el lector de EL SIGLO, cuando en alguna ocasión este articulista ha preguntado por ellos; la autora del trabajo además ofrece un panorama de las sociedades “interpuestas” o “concomitantes” (Fundación pro Real Academia, Instituto Cervantes, Asociación de Academias de la Lengua Española, Fundación del Español Urgente), y de los cuantiosos mecenazgos (desde el Banco de España a Telefónica pasando por bancos, etc.) con el fin de cobrar a cambio de limpiar y buscar la imposible unidad idiomática de los cuatrocientos millones de personas que hablan o chapurrean el español. Son muchos los temas que en las casi 1.400 páginas aborda *El dardo en la Academia*, entre otros el que más pesadillas provoca en quien trabaje con el idioma: el contenido y la forma de las entradas del *Diccionario*, la lentitud de su trabajo pese a los dineros públicos enterrados en él desde que Lázaro Carreter declaró que iba a hacer uno “de nueva planta”. Y el lector puede adentrarse en este *Dardo* sin temor a tecnicismos por los dos volúmenes; hay trabajos en que su amenidad, sin falta alguna de rigor, es novelesca. Y habrá que volver sobre algunos de los temas que subraya. ●